

La migración de jóvenes zapatistas a Estados Unidos como desplazamiento geográfico, político y subjetivo

Alejandra Aquino M.

Resumen: Este artículo analiza cómo algunos jóvenes zapatistas se convierten en migrantes internacionales insertos en circuitos globales de trabajo bajo un régimen capitalista de acumulación flexible. Se argumenta que la migración de estos jóvenes representa un desplazamiento geográfico, político y subjetivo, ya que ellos no sólo se trasladan a miles de kilómetros de sus pueblos, sino que experimentan un cambio en sus subjetividades, sus perspectivas futuras y sus proyectos de vida, con respecto a la generación anterior. Se muestra también que la experiencia migratoria de los jóvenes zapatistas está marcada por la tensión entre momentos en que les resultaba prácticamente imposible moverse de ciertos mercados de trabajo y de ciertas regiones geográficas – particularmente la agricultura californiana –, y periodos en que, por el contrario, no logran establecerse por mucho tiempo en el mismo sitio, ni mantenerse en el mismo nicho laboral. En otras palabras, su experiencia ha oscilado entre periodos en que devienen una ‘fuerza de trabajo cautiva’ que no puede desplazarse libremente y momentos en que, por el contrario, se transforman en ‘nómadas laborales’ obligados al permanente desplazamiento y a la imposibilidad de establecerse en un mismo lugar. Estas dos situaciones son producto del control de su libre circulación mediante su ‘ilegalización’ y representan las caras opuestas de la misma moneda, pues las dos tienen como consecuencia la extracción de trabajo barato y bien disciplinado; sólo que en un caso esto se consigue impidiendo su movilidad y, en el otro, su establecimiento. *Palabras claves:* migración internacional, jóvenes, zapatismo, capitalismo.

Hacia finales de la década de 1990 la emigración a Estados Unidos irrumpió definitivamente en la vida cotidiana de diferentes municipios indígenas de Chiapas; entre ellos, algunos en los que existen procesos organizativos y de autogobierno sustentados en el ejercicio del derecho a la autonomía y la libre determinación, tales como los municipios zapatistas. A partir de ese momento, la emigración a Estados Unidos se convirtió para miles de jóvenes en un proyecto económico y de vida, el cual está produciendo nuevas subjetividades, valores y horizontes.

Aunque en muchas comunidades zapatistas los jóvenes han asegurado el relevo generacional de las bases se apoyó del movimiento y son ellos quienes encabezan los Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas (MAREZ) y las Juntas de Buen Gobierno (JBG) (véase Baronnet, Mora y Stahler 2011), en otras comunidades, no ha sido así: la migración internacional ha dejado a los pueblos sin una parte de sus jóvenes, pasando así de una etapa en la que la organización y la lucha representaron un proyecto político y de vida para toda una generación de campesinos; a otro en el que estas luchas pierden centralidad, pues dejan de interpelar a una parte de las nuevas generaciones; para quienes lo que hoy tiene sentido es la migración. En esta nueva etapa, los jóvenes migrantes ya no piensan que la acción colectiva contestataria sea el mejor camino para obtener reivindicaciones y satisfacer sus necesidades económicas y subjetivas, tal y como lo pensaron sus padres. Dado el contexto económico y político actual, la migración se ve como el único proyecto viable en el horizonte que les permitiría, como dicen ellos: ‘mejorar su vida’, ‘salir adelante’, ‘sobresalir’ o ‘hacer algo’.

En este artículo analizo cómo algunos jóvenes bases de apoyo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) pasan de una militancia activa en el movimiento a convertirse en migrantes internacionales. Asimismo, presentaré cómo el control de la movilidad de la mano de obra migrante vía las políticas y las leyes migratorias han provocado que las trayectorias migratorias de estos jóvenes migrantes indocumentados oscilen entre periodos en que no pueden moverse de ciertas localidades y nichos laborales y otros en que, por el contrario, no pueden establecerse en el mismo lugar.

Toda la información que presento en las siguientes páginas fue extraída de mi tesis doctoral, cuyo trabajo de campo realicé entre 2005 y 2007 en Chiapas y en California y Mississippi, Estados Unidos. Esta información se actualizó con una visita corta a Mississippi en noviembre de 2010. La investigación la hice con un grupo de aproximadamente 40 migrantes de entre 16 y 33 años, la mayoría originarios de una pequeña comunidad zapatista ubicada en la Selva Lacandona, Chiapas, de nombre María Trinidad.¹ Este poblado forma parte del municipio autónomo ‘San Pedro de Michoacán’, lo que corresponde dentro de la división oficial al municipio de Las Margaritas.

La metodología que utilicé para la investigación fue de carácter etnográfico, aunque para acercarme a la ‘experiencia migratoria’ de los jóvenes militantes transformados en migrantes, tuve que apartarme de los lugares y las situaciones de la investigación etnográfica convencional centrada en una localidad y optar por seguir a los migrantes en sus cruces de frontera y desarrollar una etnografía en movimiento y en múltiples sitios a la vez, o para plantearlo en términos de Marcus (2001), una etnografía multi-local entre Chiapas, California y Mississippi.

De la lucha a la migración: La emergencia de nuevas subjetividades entre jóvenes zapatistas

Desde la aparición pública del EZLN la cañada de Las Margaritas fue escenario de gran actividad política zapatista. Los jóvenes migrantes de los que hablo en estas páginas nacieron, crecieron y se socializaron en medio de un conflicto armado entre sus pueblos y el Estado. Su infancia la vivieron al calor de los encuentros del EZLN con la sociedad civil, las marchas, las consultas, el Diálogo de San Andrés y la construcción de los MAREZ. A diferencia de lo que sucede con sus padres o abuelos, quienes están marcados por la experiencia de la finca, los jóvenes de la nueva generación² crecieron en ‘tierras liberadas’ donde pese a la numerosa presencia del ejército mexicano, el zapatismo logró por algunos años ser un proyecto político hegemónico y con gran legitimidad. Además de que estos jóvenes nunca trabajaron bajo las órdenes de un patrón, no tuvieron que hacer las largas y penosas gestiones agrarias ante los funcionarios gubernamentales, ni tampoco asistieron a las escuelas del gobierno.

En síntesis, es una generación que nace ‘dentro’ del zapatismo, de tal forma que su participación en el movimiento no es producto de una decisión personal, es una adscripción heredada de sus padres y reforzada por un entorno familiar y comunitario en el que todos son zapatistas. La lucha impregna todos los resquicios de su vida cotidiana, incluso actividades antes familiares como la siembra de maíz, des-

pués del levantamiento en algunas comunidades se colectivizan con la idea de poder ‘resistir mejor’ en la larga lucha.

Desde muy pequeños, todos estos jóvenes comenzaron a involucrarse en distintas actividades del movimiento; por ejemplo: acompañaban a sus padres a las reuniones de la organización y asistían a las festividades o los eventos convocados por el EZLN.

En la cañada en la que se encuentra María Trinidad, los primeros desplazamientos al Norte se registraron en el año 2000 y estuvieron encabezados por jóvenes de familias no zapatistas. Fue hasta el 2004 cuando los jóvenes zapatistas se unieron a estos flujos. Su migración representa tanto un desplazamiento geográfico, como político y subjetivo. Esto significa que los nuevos migrantes no sólo se trasladan a miles de kilómetros de sus pueblos y se insertan en diferentes mercados de trabajo del Primer Mundo, sino que también experimentan un cambio en sus perspectivas futuras y en sus proyectos de vida con respecto a la generación anterior; para quien la lucha por la autonomía y la libre determinación no sólo representó el gran proyecto colectivo como pueblos, sino también un proyecto de vida mediante el que resolvieron diferentes necesidades subjetivas.

Los miembros de la primera generación zapatista, incluso aquellos que tuvieron que emigrar temporalmente a la ciudades, proyectaron siempre su vida en sus territorios y vieron en la militancia una práctica política esencialmente emancipatoria que estimuló en ellos lo que Castoriadis (1999) ha llamado la ‘imaginación radical’, entendida como una poderosa fuerza creadora de lo real y de lo socio-histórico. Lo que permitió la emergencia de nuevos deseos y nuevas representaciones ligadas a su imagen como pueblos indígenas zapatistas, así como a nuevas formas de hacer política y concebir el poder.

Hoy, en cambio, muchos jóvenes consideran que la única alternativa que tienen para mejorar su vida es la migración internacional.

Nosotros decidimos emigrar por la necesidad de mejorar a nuestras familias en la pobreza, para tener algo, mejorar en condiciones económicas, el sueño de tener una casita, en fin, hacer algo más.... Todos traemos una meta, unos decidimos por tener un carro o por tener una casa, por comprar ganado, otros por comprar un terreno que falta. Antes el café era lo que daba dinero; o sea, cosechábamos café y al año sabíamos que teníamos dinero para el sustento de la familia, para comprar algo, pero eso se terminó, o sea se echaron a perder todos esos trabajos, ahora para conseguir dinero pues no tenemos un empleo, no hay empleo en la región, por eso muchos decidieron migrar dentro del país y otros decidimos ya venirnos para acá (California, 2005).

La migración se encuentra estrechamente relacionada con las dificultades objetivas que enfrentan los jóvenes y sus familias al tratar de ganarse la vida como campesinos en un campo devastado por casi 30 años de políticas neoliberales (Harvey 1995; Fox 2007). Sin embargo, la necesidad económica no es la única razón, existen necesidades subjetivas entre los jóvenes que tratan de satisfacer mediante la migración. Por ejemplo, la necesidad de libertad en tres diferentes sentidos, cada uno de ellos asociado con situaciones concretas de la vida cotidiana: libertad individual frente a algunas normas comunitarias, ‘libertad de movimiento’ y libertad de

ciertas obligaciones relacionadas con los trabajos y cargos que la comunidad o el movimiento les asigna a todos los ciudadanos.

La ley zapatista que ha provocado mayor descontento entre algunas bases es la que prohíbe la venta y el consumo de alcohol en tierras liberadas. Antes de que los municipios autónomos funcionaran, el alcoholismo era un problema generalizado en todos los pueblos de la región, a partir del levantamiento el consumo del alcohol se prohibió como norma de seguridad y como una demanda de las mujeres quienes era las que sufrían las consecuencias del este problema. Si bien es una norma que fue votada por los pueblos, existen personas inconformes con esta, por ejemplo, algunos jóvenes zapatistas cuando llegan a la adolescencia tienen curiosidad de ‘emborracharse’, la tentación es mayor cuando los pueblos están divididos y conviven de cerca con jóvenes no-zapatistas que no tienen prohibido beber.

En este contexto, la migración se ve como la posibilidad de librarse de esta restricción, es decir, la migración se ve como la posibilidad de escapar de algunos controles comunitarios y familiares. Por ejemplo, Carlos tiene 20 años de edad, pertenece a la generación de ‘zapatistas de cuna’, dejó el movimiento en el año 2003 y enseguida emigró a Estados Unidos. Carlos explica que lo que le gusta de la vida ‘norteña’ es que ‘allá uno se manda solo, podemos hacer lo que queramos, si quiero tomar, tomo; si quiero fumar, fumo; si quiero vivir con una mujer, vivo’. En el imaginario de las comunidades de la región, el Norte se asocia con un espacio de ‘descontrol’, donde ‘todo se permite’, donde ‘cada quien hace lo que quiere’ y donde ni la comunidad, ni la familia tienen capacidad para regular la vida del migrante. Como explica este joven:

A mí me gusta tomar, para que le voy a mentir, de por sí a todos en este pueblo nos gusta, pero aquí puro problema, no te pueden ver con una botella aunque sea vacía porque ya te están molestando, en cambio allá, nadie te dice nada, cada quien se manda solo (Chiapas, 2005).

La migración también se asocia con la idea de ‘libertad de movimiento’, en el sentido de escapar de una suerte de ‘confinamiento’ en el que han estado debido a la presencia del ejército. Hasta el 2001, había numerosos retenes militares en toda la cañada que impedían el libre tránsito y sometían a la población a revisiones e interrogatorios permanentes. Cada comunidad controlaba las salidas de sus bases con el fin de guardar su seguridad y quien necesitaba desplazarse tenía que pedir permiso. De ahí que la mayor parte de la vida de los jóvenes transcurre en la región y esto para algunos puede ser asfixiante, como explica Juan los jóvenes tienen ganas de ‘salir a conocer otras caras, otros lugarcitos, otros trabajos’, no hay que olvidar que a partir de 1994 las comunidades de la Selva entraron en intensa interacción con personas provenientes de muy diferentes puntos del planeta y despertaron el deseo de conocer otros lugares.

Finalmente, la migración también se vive como ‘liberación’, pero en el sentido de ‘descarga’; es decir, como la posibilidad de desembarazarse de ciertas obligaciones o responsabilidades vinculadas con los cargos y trabajos asignados por la comunidad o el movimiento. El ejercicio de la autonomía en las comunidades zapatistas exige un alto nivel de participación ciudadana. Para el buen funcionamiento de los municipios autónomos, las comunidades han creado nuevos ‘cargos’ de trabajo: comités, promotores de educación, promotores de salud, responsables re-

gionales, consejos autónomos, etc. Todas las bases zapatistas tienen algún cargo o algún tipo de responsabilidad; además, se les demanda una activa participación en los eventos, las reuniones y las asambleas del movimiento. Esta demanda permanente de participación en la vida colectiva resulta pesado para algunos cuadros zapatistas y puede convertirse en una motivación para dejar la comunidad. Como expresa un joven migrante ‘yo mejor salí de la organización, quería quedar libre, sin cargos’ (Rony, Chiapas, 2005).

Para la generación de militantes que inició el movimiento es difícil entender que sus hijos vean en la migración una ‘liberación’, pues para ellos es más bien una rendición, un abandono y un peligro para la comunidad. Además, consideran que la verdadera ‘liberación’ se dio en el momento en que sus padres o abuelos salieron de las fincas y lograron formar sus propios pueblos sobre las tierras vírgenes de la selva o bien cuando se levantaron en armas en 1994. Para esta generación ser libre significa sobre todo ‘tener suficiente tierra para cultivar’ y no tener que trabajar bajo las órdenes de un patrón. Don José (60 años), integrante de las bases zapatistas de María Trinidad que lleva más de 15 años de participación activa en el movimiento, comenta pensativamente:

¡Cómo es la vida!... nosotros luchamos para no tener patrón y nuestros hijos se van a buscar a su patrón al Norte y hasta pagan para ir. Yo no entiendo a los muchachos cuando dicen que quieren libertad y se van a buscar un patrón allá en los Estados, si aquí tienen todo, tienen tierra propia para sembrar, para hacer lo que quieran; en cambio allá no son libres, tienen que trabajar para un patrón (Chiapas, 2005).

Para esta generación, la libertad no tiene nada que ver con ‘tomar alcohol’, ‘dejar los cargos’ o ‘salir del pueblo’, pues consideran que estas constricciones son producto de acuerdos que fueron tomados entre todos los pueblos y no de imposiciones externas. Desde esta perspectiva, la libertad tiene que ver con el acceso a la tierra como medio básico para asegurar su subsistencia, así como con el ejercicio de la autonomía. Como explica un hombre de María Trinidad, actualmente miembro de la Junta de Buen Gobierno:

Los que se van al Norte pierden su libertad; primero porque se tienen que andar escondiendo porque no tienen papeles, y dos porque tienen que trabajar con patrón, en cambio aquí estamos en nuestras propias tierras, andamos libremente por donde queramos, nosotros nos mandamos. Por ejemplo, si yo cultivo café, yo sé cuándo descanso, no estoy con un patrón que me va a decir qué hacer, tomo mi pozol³ cuando yo quiero, si ese día estoy cansado pues no trabajo, porque yo soy dueño de mi tierra. Igual en el municipio, nadie nos va a venir a mandar, nosotros tomamos nuestros acuerdos como nos convenga (Chiapas, 2006).

Otra de las necesidades subjetivas de los jóvenes es la ‘distinción’ del resto del grupo. Migrar al Norte se ve como una forma de diferenciarse y de afirmar su dimensión individual, lo que no siempre es fácil de realizar dentro de una comunidad en la que el ideal a alcanzar es la igualdad. La migración se ve entonces como una oportunidad para hacerlo, cómo explica otro joven de María Trinidad: ‘Yo me vine (a Estados Unidos) porque quería sobresalir un poco’.

La ‘distinción’ que se afirma con la migración no sólo tiene que ver con el ac-

ceso a un nuevo tipo de objetos o bienes personales deseados, se relaciona también con un nuevo tipo de experiencia vivida; es decir, con el hecho de conocer otras tierras, otros trabajos, otras personas que nadie en el contexto comunitario conoce – salvo los que también emigraron. Cuando regresan a sus pueblos, la distinción se expresa a través de nuevos comportamientos, vestimenta, forma de hablar, forma de bailar; los norteños tienen un estilo propio, están a la ‘moda’, lo que les permite traspasar sus fronteras e imponer cambios.

Este conjunto de ‘necesidades’ que emergen entre los jóvenes, si bien son subjetivas, en el momento en que se vuelven masivas, se convierten en el motor de importantes transformaciones sociales al interior de sus pueblos (Mezzadra 2005).

Finalmente, para poder terminar de comprender la migración de los jóvenes zapatistas es necesario señalar el contexto de guerra de baja intensidad prolongado en el que viven las comunidades rebeldes. Durante mucho tiempo, las bases zapatistas creyeron que la vía del diálogo con el Estado les permitiría resolver sus reivindicaciones en el mediano plazo. Sin embargo, con el tiempo, se dieron cuenta de que el Estado no estaba dispuesto a reconocer los derechos de los pueblos indígenas según lo que habían pactado durante las negociaciones de San Andrés. A partir de este momento la apuesta central del movimiento será la construcción de *facto* de sus autonomías, y en esta coyuntura algunos militantes zapatistas se desanimaron y comenzaron a seguir el mismo camino que los campesinos de las comunidades no zapatistas habían emprendido años atrás: la migración internacional.

Las primeras salidas al Norte provocaron diversas tensiones comunitarias, mediante las cuales se expresó un conflicto entre dos tipos de actores que representan subjetividades y proyectos diferentes (Aquino 2009). Por un lado, las bases zapatistas de la primera generación, para quienes la migración no representa el futuro que desean para sus hijos, ni para sus comunidades; ya que implica la pérdida de una parte de la población joven y adulta, la cual, normalmente asume las principales responsabilidades políticas y económicas de la comunidad y de sus organizaciones. Ésta, no sólo afecta su capacidad para cubrir con suficientes ciudadanos sus diferentes estructuras organizativas, sino que provoca el debilitamiento de las dinámicas colectivas de reflexión, imaginación y creación que los ha caracterizado durante las últimas décadas. Para esta generación, la migración no puede ser vista como el proyecto privilegiado para transformar la sociedad y las condiciones de vida de sus pueblos, ellos siguen pensando que su liberación y la de sus pueblos sólo puede darse de forma colectiva por medio de la lucha y del ejercicio de la libre determinación y la autonomía.

Cuando el fenómeno migratorio comienza se ve como un proyecto incompatible con el de la lucha zapatista, ya que mientras este último necesita de la presencia y participación activa de sus bases, la migración provoca su ausencia por periodos prolongados e introduce nuevos valores y deseos entre los jóvenes que entran en tensión con los que promueve el movimiento.⁴ Además, la migración transnacional era algo inédito en estos pueblos, no formaba parte de sus repertorios de acción, no estaba incorporada como una estrategia económica, ni como una forma de vida. De ahí que frente a la partida de los primeros jóvenes el acuerdo comunitario fue prohibir la migración, pues pensaron que si mantenían una posición dura iban a poder evitar nuevas salidas, como explica un hombre del pueblo:

Teníamos miedo que todos los jóvenes se fueran porque habíamos visto (en otros pueblos) que la migración es como el vicio, cuando uno la prueba ya no la puede dejar. Entonces nos cerramos, nos pusimos duros, dijimos ‘nadie sale’, pensamos que así íbamos a poder detenerla, pero no, fue peor, parece que a los muchachos más ganas les dieron de irse (Pablo, Chiapas, 2006).

Efectivamente, poco a poco nuevos jóvenes se fueron uniendo a los contingentes de migrantes internacionales; el endurecimiento de la posición comunitaria lo único que logró fue que las salidas se hicieran en malos términos y exacerbar las tensiones al interior del pueblo. Llegó el momento en que hasta los hijos de las bases más convencidas empezaron a emigrar, así que hasta los más radicales tuvieron que flexibilizar su posición, aceptar la migración de sus hijos y contentarse con intentar gestionar sus salidas. Como explica Fede:

Mi papá me dijo que tenía la oportunidad de venirme un año, pero que no me fuera a quedar más, él no muy quería que me viniera pero como lo vio que yo ya estoy decidido y que nadie me detenía, pues sólo me ponían reglas y ahí no más (Fede, Mississippi, 2006).

Como se ha hecho desde hace décadas en otros pueblos indígenas de México, las comunidades zapatistas han creado mecanismos internos para que los que se van puedan cumplir con sus obligaciones comunitarias a la distancia y así conservar sus derechos como miembros de su comunidad y como miembros del movimiento. Actualmente, en todas las comunidades zapatistas los militantes tienen derecho a emigrar hacia Estados Unidos a condición de que lo hagan con la autorización de la comunidad y cumplan con los acuerdos al respecto. La asamblea es el espacio donde se negocian las salidas y se construyen los acuerdos sobre sus términos. Por lo general, en los acuerdos se establece el tiempo que el futuro migrante podrá ausentarse y se define el monto que tendrá que pagar por los trabajos comunitarios que dejará de aportar para su pueblo. El periodo aceptado para ausentarse de la comunidad va de uno a cinco años; por ejemplo, en María Trinidad se permiten cuatro años, pero en comunidades donde la migración es más reciente el permiso es sólo de un año. El acuerdo no es inamovible, cuando la situación lo requiere los términos de las salidas se renegocian, ya que el fenómeno migratorio cambia rápidamente. Se trata de buscar las mejores soluciones ante situaciones inéditas para la comunidad.

El cruce de la frontera

Atravesar la frontera México-Estados Unidos no significa únicamente transitar de un territorio a otro. Franquear la ‘línea’ que separa a los dos países supone un cambio de posición social, de rol, de estatus jurídico y de identidad. El cruce de la frontera es un momento clave en la trayectoria migratoria de los jóvenes zapatistas porque marca el momento en que opera una modificación de posición y estatus: de militantes a migrantes, de indígenas chiapanecos a latinos, de ciudadanos a indocumentados, de campesinos a jornaleros agrícolas, por sólo mencionar algunas de las metamorfosis que marca el cruce.

Los jóvenes zapatistas, al igual que millones de jóvenes mexicanos, no tienen acceso a los documentos necesarios para entrar legalmente al país vecino; por lo

que están obligados a buscar formas alternativas para atravesar la frontera, las cuales los exponen a situaciones de alto riesgo y los estigmatizan como ‘ilegales’. Cuando los jóvenes de María Trinidad decidieron partir al Norte, ya existían en su región redes locales de contrabando de personas formadas por los migrantes de los pueblos no zapatistas. Sin embargo, las primeras salidas en la región se hicieron con la ayuda de ‘polleros’ guatemaltecos dedicados desde hacía décadas al contrabando de emigrantes centroamericanos, y cuyas rutas pasaban por los territorios rebeldes. De tal forma que para 2003, momento en que los primeros jóvenes de María Trinidad deciden partir, existían todas las condiciones para hacerlo. Por ejemplo, además de los polleros había toda una red de prestamistas que vieron en la migración un negocio lucrativo ya que los préstamos se dan con intereses del 15 a 20 por ciento mensual.

Desde los primeros desplazamientos al Norte, la ruta privilegiada desde la cañada donde se encuentra María Trinidad ha sido la de Altar una pequeña localidad ubicada al noreste del estado de Sonora, a cien kilómetros de la frontera con Estados Unidos. El viaje inicia en la ciudad de Las Margaritas, ahí los futuros migrantes se reúnen en terminales improvisadas, esperando que los ‘polleros’ los acomoden en los autobuses que los llevarán a la frontera. Casi todos son hombres jóvenes, muchos hablan tojolobal, todos provienen de las comunidades de la región – clasificadas en los censos nacionales como de alta o muy alta marginación – y probablemente son campesinos con acceso limitado a la tierra. Todos cargan sus pequeñas mochilas, visten al estilo local; algunos fueron zapatistas, otros todavía lo son, en este momento no importa, ahí lo único que cuenta es que todos comparten el deseo de llegar al Norte. El viaje hasta la frontera dura tres o cuatro días y como explica uno de los migrantes de María Trinidad, durante el trayecto:

El chofer nos va indicando, nos va diciendo en cada retén militar o de migración lo que tenemos que decir: ‘Si nos preguntan para dónde vamos les dicen que nos vamos a Tijuana y si les preguntan a qué van pues vamos a buscar trabajo’ esa es la indicación del chofer. Y ya cruzando varios estados, pasando por México, el estado de México, seguimos la ruta sin parar día y noche, día y noche, día y noche, vamos subiendo para el Norte hasta llegar a Altar (Mississippi, 2006).

Desde aproximadamente el año 2001, Altar se ha vuelto un paso obligatorio para cientos de migrantes que diariamente intentan cruzar la frontera. La localización estratégica de Altar lo ha convertido en un centro de abasto indispensable para los migrantes, creándose una verdadera infraestructura para la migración, por ejemplo, se han abierto 168 casas de huéspedes, 169 casas de cambio, locutorios, numerosas cantinas, fondas y restaurantes, así como mercados y tianguis (Von der Borch 2007). Como explica uno de los jóvenes chiapanecos: ‘Ahí parece feria, encuentras de todo, mochilas, playeras con la virgen de Guadalupe para viajar protegido o estilo militar, tenis, pasamontañas, guantes, chamarras, sombreros, de todo’ (Mississippi, 2006). La explosión del fenómeno migratorio en Altar tiene que ver con el endurecimiento de la vigilancia en la franja fronteriza de Tijuana y Tecate, por donde antes se realizaba el mayor número de cruces (Anguiano y Trejo 2007, 48).

Los jóvenes zapatistas cuentan que una vez que se encuentran en Altar el ‘pollero’, previamente contratado desde Chiapas, les da instrucciones sobre lo que

tienen que comprar para aguantar la travesía por el desierto. Por ejemplo, les sugiere, que lleven ropa de camuflaje o de colores discretos para no ser descubiertos tan fácilmente por la ‘migra’, zapatos cómodos y cerrados, pasamontañas y guantes para el frío. También les pide que compren dos galones de agua, frutas y alimentos envasados, una botella de ron ‘por si les pica un animal o se desaniman’, y una bolsa de basura grande para meterse a dormir en las noches y protegerse del frío.

Para los jóvenes zapatistas el desierto es un misterio, un territorio desconocido, completamente diferente de sus lugares de origen: ‘Cuando me vine al Norte yo no sabía qué es un desierto, nunca lo he mirado, sólo he escuchado cuando leen la palabra de dios que mencionan el desierto, pero no sé qué es eso de desierto, no sé cómo se mira’ (Mississippi, 2006). Aunque por toda la Selva Lacandona ya circulan numerosas historias sobre este lugar, los jóvenes no pueden dimensionar lo que les espera.

Casi todos el recorrido se hace de noche y de madrugada para evitar las horas de más calor. Los potenciales migrantes caminan de tres a cinco días hasta lograr alcanzar algún punto de la carretera poco transitado por la ‘migra’ en el que puedan ser recogidos por otro ‘pollero’ y posteriormente transportados a una casa de seguridad.

Durante el trayecto los migrantes tienen que superar diferentes pruebas: de 50 a 80 kilómetros de caminatas, altísimas temperaturas, rancheros que custodian sus propiedades, la ‘migra’, la tecnología de alta seguridad, asaltantes, grupos de ‘cazaemigrantes’, animales venenosos, el frío de las noches, el hambre y la sed. Como explica uno de los jóvenes:

Era el segundo día y ya no llevamos agua, ya no traemos agua, se quedaron tirados los galones cuando nos corrió la ‘migra’, entonces ¿cómo le hacemos? y nos dice el coyote: ‘Ahorita vamos a pasar por un tanque en donde toman agua las vacas y ahí todos llenan sus botes, sus galoncitos para que resistamos’.... Luego topamos un rancho y los perros que ladran y nos dice el ‘pollero’: ‘Aquí silencio, nada de bulla, silencio, y un poco rápido porque aquí es un rancho de un moreno y si nos aproximamos mucho a su rancho nos puede agarrar a balazos porque piensa que estamos robando ganado, así ya nos pasó...’ Al tercer día que ya íbamos llegando, de repente oímos el ruido de un avión de guerra como rayo en el desierto, y todos nos quedamos ahí tirados, de ahí seguimos avanzando y nos entra la noche, entonces te digo que ya estábamos cerca, y ahí pasa la moto de la ‘migra’, entonces a la hora que pasa la moto tienes que cruzar ‘de volada’ ese arroyito seco y no puedes equivocarte porque ya estás cerca, ya se ven las luces de Estados Unidos (Lino, Mississippi, 2006).

Los jóvenes zapatistas coinciden en que la travesía por el desierto es muy parecida al entrenamiento que recibieron en el EZLN para sobrevivir en la montaña. Como explica uno de los jóvenes:

Ahí, es como si fuera...¿cómo te dijera?, es idéntico a un combate de asalto, un militar debe saber cómo. Es igualito, tienes que saber moverte, lo que te diga el ‘coyote’ es lo que tienes que hacer, es como si fuera un ‘mando’, además todos traemos pasamontañas. Entonces ya entramos al desierto la primera noche y nos dicen los ‘coyotes’: ‘Quédense tantito aquí’, y el coyote lo que hace es que avanza y va a ver adelante. Entonces ya ve que no hay nada y ya jala a la gente,

así como si fuera un mando de la organización: va adelante guiando y cuidando (Mississippi, 2006).

Los jóvenes coinciden en que su paso por el zapatismo les da ventajas sobre los migrantes que no pasaron por esta experiencia, no sólo porque están ‘entrenados’ y acostumbrados a hacer largas caminatas en condiciones difíciles, ‘aguantar hambre y sueño’ y otras habilidades prácticas, también porque ellos son personas que ‘no se dejan’ pues mantienen vigente el espíritu subversivo que los caracterizó cuando estaban en el movimiento. Como cuenta otro joven:

Porque nosotros los de María Trinidad lo que tenemos es que somos un ‘desmadre’, y peor en el desierto, unos vienen cantando, unos viene gritando, otros vienen silbando, otros vienen platicando, ‘relajeando’, contentos. Entonces nos decían los ‘coyotes’: ‘Ustedes son bien cabrones, hemos pasado gente pero nadie como ustedes, ustedes son como dijera son... pues no los podemos ni dominar, ni humillarles, al contrario, ustedes vienen más delante que nosotros’, se admiraban de nosotros porque dicen no habían pasado gente así (Mississippi, 2006).

Una vez que logran cruzar el desierto y llegar cerca de alguna carretera los migrantes tienen que esperar el ‘levantón’. En la jerga de los migrantes, el ‘levantón’ es el momento en que un nuevo ‘pollero’ los recoge a orilla de una carretera con una camioneta y los traslada a una casa de seguridad. Es un momento muy peligroso y de mucha tensión, los migrantes ya están muy cerca de lograr su objetivo, pero se encuentran en una zona de alto riesgo, pues las carreteras cercanas a la frontera están muy vigiladas por las patrullas fronterizas.

Por lo general, las casas de seguridad son pequeñas ‘trailas’ o garages dentro de casas particulares donde los migrantes permanecen hasta que los ‘polleros’ se comunican con sus familiares o amigos en Estados Unidos y reciben el pago total del cruce. Si todo sale bien, sólo tienen que pasar una noche o unas cuantas horas. Quienes aún no cuentan con familiares en el Norte, le tienen que pagar directamente al ‘pollero’, aunque es poco recomendable viajar con dinero en la bolsa, ya que pueden ser asaltados por el mismo ‘pollero’. Si los familiares no mandan rápido el dinero, los nuevos migrante quedan prisioneros en estas casas hasta que paguen lo acordado, y frecuentemente son objeto de amenazas y malos tratos.

El ‘levantón’ fue en Tucson, ahí fue donde nos ‘pepenaron’ y de ahí nos encerraron en una casa de La Mesa, Arizona, para que los amigos o los familiares que están acá nos envíen el dinero, que tenían el convenio con el ‘coyote’. Fue cuando me prestó quinientos dólares el Paco, me lo mandó y todo se arregló por mí. Yo y el Ever no tuvimos ningún problema. El único que se atrasó un poco fue el Lino, porque su papá no envía rápido el dinero, no más está engañando que lo va a mandar y no lo manda. Entonces el ‘pollero’ ya lo iba a dejar ahí y es mucha tristeza quedar tirado en el camino, pero nosotros le hablamos al Pepe y yo le dije que si no tenía más dinero que le mandara a su papá del Lino para que lo sacaran y sí, así le hicieron (Lucas, Mississippi, 2006).

Pese a las grandes dificultades a las que se enfrentan los jóvenes zapatistas en el desierto, la experiencia termina por ser incorporada como algo ‘natural’, como

explica Vicente ‘para mi cruzar el desierto es haga de cuenta que como ir a Las Margaritas, me parece fácil’ (Mississippi, 2006). Llama la atención también que muchos guardan un recuerdo positivo de esta experiencia y lo recuerdan como un momento alegre y de camaradería.

De ‘trabajadores cautivos’ a ‘nómadas laborales’

En la etapa actual de la migración, los jóvenes de María Trinidad no han podido construir una única ruta migratoria colectiva por la cual transitar juntos. Cada joven ha trazado su propio camino y aunque todos han seguido circuitos más o menos parecidos, puesto que forman parte de una misma red, en esta etapa de su migración, ninguna ruta es idéntica y cada migrante se ha movido a su ritmo y en distinta dirección, lo que ha provocado la dispersión del grupo en diferentes estados del país.

La ruta migratoria de estos jóvenes no ha dependido de una estrategia planeada desde el principio. Por el momento, ha tenido más que ver con las oportunidades laborales que se les presentan en el camino, los encuentros fortuitos, su capacidad para incorporarse a una red migratoria y su buen olfato para moverse en el momento oportuno y en la dirección correcta.

La experiencia migratoria de los jóvenes zapatistas de María Trinidad ha estado marcada por la tensión entre momentos en que les resulta prácticamente imposible moverse de ciertos mercados de trabajo y de ciertas regiones geográficas – particularmente la agricultura californiana –, y periodos en que, por el contrario, no lograban establecerse por mucho tiempo en el mismo sitio, ni mantenerse en el mismo nicho laboral. En otras palabras, su experiencia ha oscilado entre periodos en que devienen lo que Y. Moulrier-Boutang (1998) llama una ‘fuerza de trabajo cautiva’ (*salariat bridée*) que no puede desplazarse libremente y momentos en que, por el contrario, se transforman en ‘nómadas laborales’ obligados al permanente desplazamiento y a la imposibilidad de establecerse en un mismo lugar. Estas dos situaciones son producto del control de su libre circulación en el contexto capitalista, mediante lo que De Genova (2004) llama ‘la producción legal de su ilegalidad’, y representan las caras opuestas de la misma moneda, pues las dos tienen como consecuencia la extracción de trabajo barato y bien disciplinado; sólo que en un caso esto se consigue impidiendo su movilidad y, en el otro, su establecimiento.

Trabajadores cautivos y control de la movilidad

La experiencia de los jóvenes chiapanecos en los campos de cultivo californianos es un buen ejemplo de lo que Moulrier-Boutang (1998) ha definido como una ‘fuerza de trabajo cautiva’. Los jóvenes recién llegados se establecieron en los condados de Kern, Tulare y San Joaquin, tres de los nueve condados más productivos del estado (*California Department of Food and Agriculture* 2006). En toda esta región predomina un tipo de agricultura intensiva que en ciertos periodos requiere de gran cantidad de mano de obra, pues aunque la agricultura californiana se encuentre altamente tecnificada, las cosechas se siguen recogiendo a mano, de ahí que siempre haya estado ligada a la sobreexplotación de mano de obra migrante e indocumentada.

Los jóvenes chiapanecos encarnan una de las últimas reservas de mano de obra mexicana, ya que provienen de los pocos estados del país en los que hasta los años noventa no se registraban índices de emigración hacia Estados Unidos (Durand y Massey 2003), en los últimos diez años han alcanzado índices de migración muy elevados, incluso por encima de estados como Oaxaca con mucha más tradición migratoria. Sin embargo, el perfil de los trabajadores chiapanecos es el mismo que el de otros trabajadores mexicanos: jóvenes fuertes, sanos, en su etapa de vida más productiva, con experiencia en las labores agrícolas, indocumentados y con disposición para moverse hacia donde haya trabajo, ya que no viajan con sus familias. A los ojos de los agricultores estadounidenses tienen, además, la ventaja de que están recién llegados y no cuentan con una red migratoria sólida, por lo que serán una mano de obra más disciplinada y vulnerable, al menos en los primeros años de su migración.

Normalmente, la inserción a este mercado de trabajo es bastante fácil, ya que existe todo un sistema de subcontratación de mano de obra a cargo de diferentes tipos de intermediarios (contratistas y mayordomos), quienes por medio de mecanismos modernos y tradicionales de control y explotación aseguran la disponibilidad de trabajadores bien disciplinados a bajo costo y durante todo el año (Sánchez 2001). Casi todos los jóvenes zapatistas que llegaron a California en épocas de cosecha encontraron trabajo rápidamente.

El segundo día de estar aquí en Estados Unidos pasó un señor ahí en la pensión en la que estaba y nos dijo: 'Hey muchachos, ¿no quieren ir a trabajar?'. 'Pues sí claro, pues para eso vengo', le digo.... 'Pues te voy a llevar en el espárrago porque ayer me hablaron y quieren gente en el espárrago'. Entonces me meto a la casa y les digo a los otros compas: '¿Quiénes más quieren ir a trabajar? ahí hay un 'raitero', ¡vamos!'. El señor nos preguntó: '¿Cuánto tiempo tienen?'. 'Acabamos de llegar, tenemos dos días'. 'No se preocupen por eso, yo los voy a llevar al trabajo ... aquí no tengan miedo, ni de la policía, ni de nada, aquí ya están en Estados Unidos, ya triunfaron' (Mississippi, 2006).

Si bien los jóvenes zapatistas lograron incorporarse rápidamente al mercado de trabajo gracias a estos enganchadores, lo hicieron bajo condiciones de extrema precariedad y dependencia. Como cuenta Oliverio, uno de los migrantes de María Trinidad, el primer encuentro con lo que sería por un tiempo su 'nuevo hogar' fue decepcionante, era un rancho bastante aislado, al que sólo se podía acceder en carro y donde no vivía ningún otro trabajador. Cuando llegaron era de noche, todo estaba oscuro y en silencio, sólo se oían las chicharras y cuando el mayordomo les mostró la 'trailer' en la que iban a vivir lo primero que pensó este muchacho fue que no era una 'vivienda digna como por la que estuvo luchando cuando era zapatista'.

Las difíciles condiciones de trabajo en los campos de cultivo de Estados Unidos han sido documentadas desde hace varias décadas por periodistas, investigadores, sindicatos y ONG. La constante descrita puede resumirse en: trabajo pesado, jornadas de más de diez horas, altas temperaturas, exposición a pesticidas, presión, malos tratos, discriminación y bajos salarios. Todo esto se traduce en una vida precaria, accidentes, enfermedades y a veces hasta la muerte. Como muestran algunos informes, el trabajo agrícola es unas de las ocupaciones más peligrosas en Estados Unidos, los jornaleros se exponen a mayores riesgos de lesiones y daños que traba-

jadores de otras ramas (Oxfam 2004). Por ejemplo, el promedio de mortalidad de los trabajadores agrícolas en California es cinco veces más alto que en otras industrias (Ahn, Moore y Parker 2004).

Los jóvenes zapatistas son normalmente contratados para los trabajos de cosecha (corte y pizca) y pre-cosecha (trabajo con azadón, desahije de frutas y hortalizas, limpieza, instalación de plástico, amarre y transplante), considerados los más duros y desgastantes. De ahí que después de unos cuantos meses en este sector, se dieran cuenta que no era un trabajo sostenible a largo plazo, como explica uno de ellos:

‘Pensé que si me quedaba mucho tiempo trabajando en el *‘field’* me iba a acabar totalmente, es mucha *‘chinga’*, por eso busqué la manera de salirme’. En el mismo sentido, otro joven comenta: ‘En el campo te explotan un *‘chingo’*, por eso yo me puse a pensar ¿cuántos años voy a poder aguantar? No creo que ni llegue a cuatro y eso que estoy acostumbrado al trabajo en el campo’ (Mississippi, 2006).

Después de algunos meses de trabajo, una minoría logró que sus mayordomos los incorporaran a actividades semicalificadas (podar, regar, rociar y el mantenimiento de huertas), así como al empaque de los productos, sin embargo, los mayordomos tienen mucha resistencia para sacarlos del *field* pues saben que son una mano de obra calificada para las labores agrícolas pues siempre han sido campesinos, lo que ya no es tan fácil encontrar. Así, al ver las pocas oportunidades que tendrían en este nicho laboral para una movilidad ascendente o como dicen ellos para ‘salir adelante’, gran parte de los jóvenes zapatistas decidió ‘escapar’ de la agricultura, esta situación contrasta con lo que ha pasado con otros grupos que se han quedado años o hasta décadas trabajando en los campos. Por ejemplo, en las cuadrillas de los chiapanecos había jóvenes de diferentes orígenes que llevaban mucho más tiempo que ellos en los campos y que, sin embargo, no tenían la intención de moverse. Como explica uno de los migrantes chiapanecos:

Entonces con el tiempo vas conociendo y te superas, porque yo te digo que yo estuve trabajando con mayordomo y con contratista, y se admiran algunos amigos porque ellos tienen tres, cuatro años aquí y se admiran de que cómo le hizo uno, cómo le hace uno, porque ellos siguen en el campo, tú estás en una fábrica, ellos siguen en el campo, tú estás en un empaque, estás dentro de una casa, dentro de una tienda, vas conociendo, vas desarrollando tu mente, vas tejiendo la red, vas filtrándote y filtrándote, y conforme vas saliendo, vas filtrándote, tu mente va desarrollando, vas pensando: ¡mejor yo me voy pa’cá! (Mississippi, 2006).

La salida de la agricultura representa lo que Moulrier-Boutang ha llamado la ‘fuga’ para liberarse del control que el Estado ejerce sobre la movilidad de los trabajadores gracias a las políticas migratorias mediante la que los ‘ilegalizan’. Salir de este mercado de trabajo no es fácil, todo está estructurado para que los jóvenes se queden ‘encerrados’ en estos campos de relegación y explotación. El hecho que los jóvenes no tengan papeles les impide desplazarse libremente en la región para buscar otros empleos, además, como explica De Genova (2004, 206), ‘la producción legal de la ilegalidad proporciona un dispositivo que sirve para reforzar la vulnera-

bilidad y la maleabilidad de los inmigrantes mexicanos – en tanto trabajadores – cuya fuerza de trabajo, justamente gracias a que es expulsable, se vuelve una mercancía altamente disponible’. Así, al ser potencialmente ‘deportables’, los migrantes zapatistas viven con un miedo permanente que les dificulta desenvolverse y desarrollar sus potencialidades en el nuevo contexto, como explica uno de los migrantes tojolabales: ‘Ser ilegal es como traer una piedrita en el zapato que siempre te está molestando y no te deja avanzar’. Además, de que los expone altamente a la explotación y a situaciones de abuso.

En el caso de la agricultura californiana, es muy claro cómo el control geográfico de la movilidad de los migrantes indocumentados tiene por objeto evitar también su movilidad social hacia mercados de trabajo tomados por los ciudadanos estadounidenses (Moulier-Boutang, Garson y Silberman 1986, 86-7). No es casualidad que la Migra ejerza un estricto control sobre una extensión de 25 millas alrededor de la zona agrícola, como si buscara contener a los migrantes indocumentados dentro de ciertas zonas agrícolas y prohibirles el acceso a las carreteras hacia Detroit o al este del país, donde eventualmente podrían incorporarse en otro tipo de empleos (Martin cit. en Moulier-Boutang, Garson y Silberman 1986).

Una forma privilegiada para impedir su movilidad es la confiscación de sus automóviles, en las entrevistas de los jóvenes es recurrente que hablen de los múltiples incidentes que han tenido con la policía mientras conducían su carros. Las carreteras de todos los condados del valle de California están muy bien vigiladas y es muy peligroso circular por ahí, lo curioso según los jóvenes es que la mayor parte de las veces sólo les confisca sus carros pero no llaman a la Migra para su deportación, particularmente si se encuentran en tiempos de cosechas. Como cuenta un muchacho:

Fue una locura lo que hicimos de comprar carros y que luego nos los quitaba la ‘placa’ (policía). Un día íbamos para Sacramento a cobrar un cheque y la ‘placa’ nos quita nuestra *Minivan*. Entonces compramos una *Ven* chica y a los pocos días que nos vuelven a ‘mochar’ el carro. Quedamos de nuevo sin carro y volvimos a trabajar y cuando juntamos que volvemos a comprar otro carrito. ¡Es poco si te digo que la ‘placa’ me paró siete veces! (Mississippi, 2006).

Esta situación se encuentra estrechamente vinculada con la doble intencionalidad de una ‘política de control’ cuyo objetivo explícito es impedir la presencia de trabajadores indocumentados, pero su objetivo oculto es mantener esta fuerza de trabajo inferiorizada jurídicamente que permita precarizar el mercado de trabajo (Moulier-Boutang, Garson y Silberman 1986, 87).

Cuando le confiscan sus carros los jóvenes ya no pueden trasladarse a los diferentes ranchos y o bien regresan a la agricultura y se resignan a quedarse en este nicho laboral o vuelven a comprar otra camioneta. Cuando esto último sucede, es frecuente que los jóvenes caigan en un círculo vicioso en el que trabajan y cuando juntan un poco invierten todo su dinero en la compra de camionetas viejas y muy pronto las pierden en un nuevo incidente con la policía. Esto provoca que los jóvenes pasen meses o años sin enviar remesas a sus hogares y que no tengan capacidad de ahorro para aguantar los meses de invierno.

Nómadas laborales: flexibilidad, incertidumbre y precariedad

A partir del momento en que salieron de los campos agrícolas, las trayectorias migratorias de estos jóvenes estuvieron marcadas por un alto grado de movilidad siempre en busca de mejores sitios de trabajo y lugares más favorables para establecerse: California, Alabama, Mississippi, Louisiana, Florida, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Virginia, Virginia Occidental, Tennessee, Ohio, Pennsylvania, Georgia y Nueva York son algunos de los estados por donde han transitado estos nuevos migrantes.⁵ En este largo errar, los jóvenes chiapanecos se han enfrentado a condiciones laborales inestables y fragmentarias que no les permiten quedarse por mucho tiempo en el mismo lugar. Además, el alto índice de movilidad no se reduce al lugar de residencia, también tiene que ver con el cambio permanente de trabajo. Como cuenta Lucas:

Primero pasé tres meses en Gadsden [Alabama], ‘piscando’ tomates, luego trabajé en una fábrica de aluminio y luego pasé a una fábrica de columnas. Ahí en Alabama, me amigué con otro amigo que me dijo que si no quiero ir a Forest, [Mississippi], él me llevó para Forest y ahí encontré otros tres amigos de Chiapas que ya conocía. Estuve como seis meses haciendo casas de pollos, luego me metí a trabajar como cuatro meses en una pollera donde destazaba pollo en otro lugar que no me acuerdo su nombre, pero no salía mucho dinero. Ya después, cuando me aburrí de la pollera, dos amigos que conocí me dijeron que si no me quiero venir a Biloxi y me vine aquí para Biloxi. Llegando, luego, luego, trabajé limpiando un casino y a lo seis meses me salí y empecé a trabajar en la reconstrucción de la ciudad, luego se acabó el trabajo y otra vez regresé al casino y luego, gracias a un muchacho que conocí, me pasé a la construcción de casas (Lucas, Mississippi, 2006).

Así, a diferencia de otros grupos que se han logrado establecer en un mismo nicho laboral, los jóvenes chiapanecos han circulado por todo tipo de empleos. Han pasado de cosechar jitomate en algunos ranchos de Alabama a trabajar como obreros en fábricas de aluminio o destazar pollos y marranos en diferentes agroindustrias de este mismo estado. Han trabajado en los invernaderos de Florida, han limpiado escombros en Mississippi después del paso del huracán *Katrina*. Han sido albañiles, trabajadores de limpieza, recamareros en hoteles cinco estrellas, jardineros en campos de golf, etc. Se trata casi siempre de trabajos temporales y de tiempo parcial, sin contrato, ni derechos laborales, que les exigen disponibilidad y flexibilidad total. Ellos se han convertido en una suerte de ‘nómadas laborales’,⁶ pues para subsistir tienen que circular por diferentes localidades y campos de lo más variados, aunque siempre en condiciones precarias.

Todos estos jóvenes enfrentan lo que Richard Sennet (2006) llama ‘la cultura del nuevo capitalismo’, un sistema marcado por la irrupción de lo precario, lo impreciso, lo informal, por condiciones sociales inestables y fragmentarias, relaciones a corto término, gran movilidad y pérdida de toda seguridad. Donde las instituciones estatales ya no le ofrecen a casi nadie un marco a largo plazo y los individuos se ven obligados a improvisar solos su propio relato de vida.

Para mostrar esta situación voy a presentar el caso de Fede, uno de los jóvenes del María Trinidad. Este muchacho cruzó la frontera en febrero de 2004; no tenía

un destino fijo, el primer día en Estados Unidos conoció a un contratista que lo llevó a trabajar a Florida; de ahí se trasladó a Carolina del Norte, luego a Carolina del Sur, Tennessee, Georgia, Alabama, Mississippi. Gran parte de su viaje lo hizo con los amigos que fue conociendo en el camino. Se ha movido tanto, que ya no recuerda todos los lugares por los que pasó, ni todos los trabajos que ha hecho, como explica: ‘No sé por qué me moví tanto, creo que me gusta andar ... dicen que desde que era chiquito siempre fui muy andariego’. Cuando llegó a Estados Unidos Fede encontró la oportunidad perfecta para viajar. Nada lo obligaba a quedarse en el mismo lugar, pues no tenía ningún anclaje; por el contrario, el propio contexto favorecía sus movimientos. Además, su gran disposición ante el cambio y su capacidad de adaptación a nuevas circunstancias resultaban una gran cualidad en la nueva sociedad.

Aunque la propia inestabilidad de los empleos obliga a los trabajadores migrantes a moverse frecuentemente de localidad, el grado de movilidad también depende de las decisiones personales del migrante. Aunque su margen de decisión casi siempre es estrecho, éste puede decidir seguir una estrategia de extrema movilidad o de asentamiento relativo. Muchos jóvenes llegan al Norte con ganas de ‘aventura’, para ellos el proyecto migratorio no sólo es económico, más bien tiene que ver con lo que expresan con la siguiente fórmula: ‘La necesidad de querer conocer nuevos lugares’. Para Fede, el continuo movimiento se ha convertido en un estilo de vida, y lo que le resulta atractivo de Estados Unidos es que le da la posibilidad de moverse apenas se sienta insatisfecho o aburrido en el lugar en donde está. Como cuenta él mismo:

Luego me fui a vivir en un lugar que se llama Cokeville. Estaba bonito ese lugar, pero de ahí me aburrí y me fui a vivir en Atlanta unos quince días. Después me aburrí y me fui a vivir en el norte de Alabama, y así me la pasaba, cuando me aburría ¡vámonos! (Fede, Mississippi, 2006).

La posibilidad de desplazamiento le da a Fede una sensación de libertad; sin embargo, cada desplazamiento encierra un riesgo que podría acabar en su deportación y el fin de su ‘aventura migratoria’. Los migrantes se encuentran en una situación contradictoria, porque para lograr llevar a cabo su ‘proyecto migratorio’ deben ser flexibles y móviles y estar dispuestos a exponerse a nuevas situaciones vitales; sin embargo, cada movimiento es como volver a empezar, no les permite ahorrar, sus energías están siempre puestas resolver los problemas del día a día y el proyecto migratorio que dio origen y justificó su viaje queda de lado por años. Así, aunque Fede ha trabajado duro durante varios años no ha logrado enviar remesas a su casa, lo que ha provocado que la familia lo cuestione y lo presione para volver: ‘Yo ya quiero cambiar. Hoy sí le dije a mi madrecita que ahora sí tengo que ahorrar. Ella me dijo: ¿Qué pasa hijo?, ¿por qué no haces nada? No sé, creo no me queda el dinero en las manos’ (Mississippi, 2006).

Pese al permanente cambio de residencia, cada vez que Fede se instala en una nueva localidad, su vida transcurre más o menos igual: largas jornadas de trabajo, compensadas con noches de ‘diversión’. El Norte le ofrece a todos los jóvenes migrantes un espacio para la fiesta y el descontrol que en sus pueblos no existe. Cada semana Fede asistía a los bailes o conciertos ‘latinos’ que se realizan en todas las localidades donde hay migración latinoamericana o simplemente se quedaba to-

mando con sus amigos en sus departamentos. Éstos constituyen unos de los pocos espacios de entretenimiento y diversión a los que pueden acceder los migrantes.⁷

Antes salía yo a fiestas, bailes, mujeres; invitábamos a mujeres, amigas, novias, nos las llevábamos en donde quiera, puro trabajo y diversión. Así me la pasaba, ¿Quién no se la va a pasar bien con una muchacha al lado? Luego me di cuenta que estoy gastando mucho dinero, y me decía: ‘Si tan siquiera mandara yo algo’ (Fede, Mississippi, 2006).

Cuando invita la ronda de cervezas, cuando le paga la entrada del baile a alguna muchacha, cuando no tiene que autolimitarse en su consumo, Fede se siente contento, se siente apreciado y admirado por sus amigos; es su manera de encontrar el reconocimiento que no encuentra en otros espacios sociales y que es indispensable para todo ser humano (Honneth 2000). Para Fede, la movilidad, el despilfarro, y la fiesta, son la única forma que encuentra para funcionar en el nuevo contexto, para hacerle frente a la soledad y la exclusión a la que los exponen las políticas migratorias y económicas.

En la comunidad de origen se piensa que aquel joven que ‘no triunfa’ es porque no tuvo suficiente motivación, porque eran ‘flojos’ o ‘borrachos’. Es decir, hay una tendencia a responsabilizar totalmente al migrante de su ‘éxito’ o su ‘fracaso’ en el Norte. Desde las comunidades chiapanecas es muy difícil darse cuenta de las dificultades a las que se enfrentan los jóvenes, ya que ellos mismos tratan de esconder esta imagen, y pocos hablan de los días de soledad frente al televisor, de las grandes dificultades para mantenerse en un mismo empleo, del racismo, etcétera.

Conclusiones

En este artículo analicé cómo un grupo de jóvenes zapatistas del municipio de Las Margaritas pasaron de una militancia activa en el movimiento a convertirse en migrantes internacionales. Sus salidas abrieron el camino al Norte en su comunidad y desde entonces las salidas no han cesado, cada nueva partida fortalece la red migratoria regional, alimenta los repertorios de acción migratoria, así como los imaginarios sociales que estimulan la salida de nuevos jóvenes. En un lapso menor a cinco años la migración se ha consolidado como una nueva alternativa de vida, hoy todos los jóvenes son migrantes potenciales. Al interior de las comunidades de la región, la aceleración del fenómeno se vive como la llegada de una ‘enfermedad contagiosa’, ante la cual nadie es inmune, como explica un hombre de María Trinidad:

La idea del Norte ya está en la cabeza de todos desde niños, sólo es cuestión que se represente y que digan que se van. Es como cuando uno tiene una enfermedad pero que todavía no se representa, puede uno estar años así, pero la enfermedad ya está adentro y sólo hay que esperar en que momento se representa (Tomás, Chiapas, 2006).

La tesis central del artículo es que la migración de los jóvenes zapatistas representa tanto un desplazamiento geográfico, como político y subjetivo, ya que los jóvenes no sólo se trasladaron a miles de kilómetros de sus pueblos, sino que experimentaron un cambio en sus subjetividades, perspectivas futuras y proyectos de vida, con respecto a la generación de sus padres. Lo que provocó un conflicto comunitario en

el que se opusieron dos tipos de actores: los militantes zapatistas que ven la migración de sus hijos como una rendición, un abandono y un peligro para la comunidad y el movimiento. Por otro, los jóvenes migrantes que ven en la migración una forma legítima de obtener recursos económicos y ven en ella una especie de liberación. Este conflicto expresa dos proyectos que coexisten al interior de las comunidades rebeldes: el proyecto de las autonomías zapatistas fundado en la organización colectiva por el bien común, cuya aspiración es la transformación profunda de la sociedad, y el proyecto de la migración a Estados Unidos, fundado en la acción individual o familiar para la satisfacción de necesidades y aspiraciones personales muy concretas.

La migración a Estados Unidos impone grandes retos a las comunidades zapatistas, pero también a los jóvenes migrantes, quienes por primera vez se incorporan a redes globales de contrabando y circuitos de trabajo bajo un régimen capitalista de 'acumulación flexible' (Harvey 1998) que los confronta a nuevos riesgos y nuevas formas de explotación, precariedad y racismo.

Por ejemplo, analizo la experiencia del cruce de la frontera en una época en que la seguridad fronteriza ha aumentado a tal grado que a muchos migrantes no les queda más remedio que atravesar por los puntos más peligrosos de la frontera, como el desierto de Sonora y exponerse a enormes riesgos y dificultades. Durante el cruce por el desierto los jóvenes se han servido de su experiencia previa como militantes zapatistas acostumbrados a aguantar largas caminatas en condiciones difíciles.

También se muestra cómo, si bien los migrantes chiapanecos se insertan en la agricultura californiana con relativa facilidad, lo hacen en condiciones de extrema precariedad y de dependencia casi total de los mayordomos y otros intermediarios. Además de que frecuentemente su inserción significa separarse, a veces por meses, del grupo de migrantes de su pueblo con el que cruzaron la frontera. Por su condición de migrantes indocumentados, estos jornaleros agrícolas de reciente arribo representan el tipo ideal de trabajador, sin libertad de circulación, sin acceso a la ciudadanía y en condiciones de trabajo deplorables.

Finalmente analicé cómo ante la falta de redes migratorias sólidas y de una experiencia colectiva como migrantes internacionales, la migración de los jóvenes zapatistas se ha caracterizado por un alto grado de dispersión y de movilidad geográfica y laboral. Para mantenerse dentro del mercado de trabajo y llevar a cabo su proyecto migratorio los jóvenes han tenido que convertirse en una especie de 'nómadas laborales', es decir, en una fuerza de trabajo flexible y precaria, con disposición para circular por varios estados del país y para cambiar permanentemente de empleo.

A partir de esta experiencia migratoria de los jóvenes zapatistas pudimos observar de qué manera las exigencias de flexibilidad del mercado y las condiciones precarias e inestables del empleo se expresan en la vida cotidiana de la gente. Aunque el ejemplo de los jóvenes zapatistas es un caso extremo, pues se trata de una migración muy reciente, sin redes migratorias sólidas y sin experiencia colectiva previa como migrantes, nos permite aproximarnos a lo que viven un número cada vez más elevado de trabajadores migrantes que enfrentan cotidianamente las consecuencias más adversas del capitalismo y la globalización. Además, nos permite comenzar a explorar, desde una perspectiva etnográfica, las vicisitudes de la migración chiapaneca a Estados Unidos, un fenómeno todavía muy poco estudiado.

* * *

Alejandra Aquino Moreschi es doctora en sociología por la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS). Actualmente es investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS-Unidad Pacífico Sur). Sus temas de interés y especialización son la migración indígena México-Estados Unidos, las luchas por el reconocimiento, el trabajo precario y el racismo en contextos de migración. Entre sus últimas publicaciones destacan: 'De la indignación moral a las protestas colectivas: La participación de los migrantes zapotecos en las marchas de 2006', *Norteamérica*, año 5, no. 1, CISAN-UNAM, 2010, pp. 63-90. 'Migrantes chiapanecos en Estados Unidos: Los nuevos nómadas laborales', *Migraciones Internacionales*, vol. 5, no. 4, Colegio de la Frontera Norte, 2010, pp. 39-68. <alejandra.aquinom@yahoo.com>

Notas

1. Con el objetivo de resguardar la identidad de los entrevistados y de la comunidad en la que se realizó la investigación se cambió el nombre del poblado.
2. Cuando hablo de 'generación' no lo hago en un sentido biológico, reducido a un criterio de edad, me refiero más bien al tipo de experiencia militante que les tocó vivir. Desde esta perspectiva, las diferencias generacionales tienen que ver menos con la edad que con las diferencias del contexto social e histórico en el que los militantes crecieron, las cuales les permite compartir una experiencia similar de militancia.
3. Bebida de maíz nutritiva y llenadora.
4. Es importante mencionar que hasta la fecha la cuestión de la migración ha sido abordada en el ámbito comunitario, el EZLN no cuenta con una política general para tratar la cuestión de la migración. De tal forma que los pueblos zapatistas tienen total autonomía para construir sus acuerdos comunitarios y emprender las acciones correspondientes para hacerle frente a la salida de sus jóvenes. Como sostiene uno de los miembros de la Junta de Buen Gobierno Hacia la Esperanza a la que pertenece María Trinidad: «aunque no estamos de acuerdo con la migración, nosotros no podemos meternos, tenemos que respetar los acuerdos de los pueblos» (diciembre 2006, Chiapas). El EZLN no ha aplicado acciones para impedir la migración de sus bases; sin embargo, sí ha tomado medidas para combatir el tráfico ilegal de personas sobre sus territorios (véase el siguiente comunicado: EZLN, 'Leer un video. Quinta parte: cinco decisiones de buen gobierno', agosto de 2004).
5. Sobre el tema ver Aquino (2010).
6. Término acuñado por U. Beck (2000: 9).
7. Según los propios entrevistados, en una noche 'tranquila' se gastan entre 50 y 100 dólares. La entrada a estos lugares va de cinco a veinte dólares según el tipo de evento, el precio de la cerveza es aproximadamente de cinco dólares.

Bibliografía

- Ahn, Christine; Melissa Moore y Nick Parker (2004) 'Migrant Farmworkers: America's New Plantation Workers', *Backgrounder*, vol. 10, núm. 2, pp. 1-5.
- Anguiano, María Eugenia; y Alma Trejo (2007) 'Vigilancia y control en la frontera México-Estados Unidos: Efectos en las rutas de flujo migratorio internacional', *Papeles de Población*, no. 51, pp. 45-75.
- Aquino, Alejandra (2010) 'Migrantes chiapanecos en Estados Unidos: Los nuevos nómadas laborales', *Migraciones Internacionales*, vol. 5, no. 4, Colegio de la Frontera Norte, pp. 39-68.
- (2009) 'Entre el sueño zapatista y el sueño americano: la migración a Estados Unidos vista desde

- las comunidades zapatistas', *Migración y Desarrollo*, no. 13, segundo semestre, Red Internacional de Migración y Desarrollo, pp. 79-95.
- Baronnet, Bruno; Mariana Mora, y Richard Stahler-Sholk (2011) *Luchas 'muy otras': zapatismo y autonomía en las comunidades indígenas de Chiapas*, México: CIESAS / UAM-X.
- Beck, Ulrich (2000) *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Barcelona: Paidós.
- Castoriadis, Cornelius (1999) *Figuras de lo pensable*, Valencia: Cátedra y Universitat de Valencia.
- De Genova, Nicholas (2004) 'The legal production of Mexican / migrant "illegality"', *Latinos Studies*, Vol. 2, pp. 160-85.
- Department of Food and Agriculture (2006) 'California Agriculture. Highlights 2006', California: California Department of Food and Agriculture. Disponible en: www.cdffa.ca.gov/card/pdfs/AgHighlightsBrochure06.pdf.
- Durand, Jorge; y Douglas S. Massey (2003) *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, México: Miguel Ángel Porrúa-Universidad Autónoma de Zacatecas.
- Fox, Jonathan (2007). *Accountability politics: power and voice in rural Mexico*. Oxford, New York: Oxford University Press.
- Harvey, Neil (1995) 'Rebelión en Chiapas: Reformas rurales, radicalismo campesino y los límites del salinismo'. En: J. Pedro Viqueira y M. Humberto Ruz (1995) *Chiapas. Los rumbos de otra historia*, México: IIF-UNAM-CIESAS-CEMCA-UG, pp. 447-79.
- Honneth, Axel (2000) *La Lutte pour la Reconnaissance*. París: Le Cerf.
- Marcus, George (2001) 'Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal', *Alteridades*, Vol. 11, No. 22, pp. 11-127.
- Mezzadra, Sandro (2005) *Derecho de fuga. Migraciones ciudadanía y globalización*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Moulier-Boutang, Yann (1998) *De l'esclavage au salariat. Économie historique du salariat bridé*, París: Puf.
- Moulier-Boutang, Yann; Jean-Pierre Garson, y Roxana Silberman (1986) *Économie politique des migrations clandestines de main-d'œuvre: comparaisons internationales et exemple français*. París : Publisud.
- Oxfam America (2004) 'Like Machines in the Fields: Workers Without Rights in American Agriculture'. En: www.oxfamamerica.org, [consultado el 29 de mayo de 2010].
- Sánchez, Kim (2001) 'Acerca de enganchadores, cabos, capitanes y otros agentes de intermediación laboral', *Estudios Agrarios*, Nueva Época, año 7, núm. 17, pp. 61-103.
- Sennet, Richard (2006). *La culture du nuveau capitalisme*. France: Albin Michel.
- Von der Borch, Maren (2007) 'Altar, Sonora (2000-2004): Elementos para la construcción de una mirada desde el interior'. En: Memoria digital del evento 'Migración y niñez migrante'. Actores de la globalización. Encuentro Internacional, 24 y 25 de mayo, Hermosillo, Sonora, Colson/DIF/COLEF.